

Crónica Universitaria

DECIMO ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD

Con especial brillo se celebró el 15 de septiembre de este año el aniversario de fundación de nuestra Universidad. Fue una fecha de recordación, de regocijo y de propósitos. El claustro hizo la memoria de su trayectoria de diez años, sumó los esfuerzos y aunó los tropiezos que se han hecho visibles hasta esta fecha, y encontró que ni han sido en balde las luchas y los sacrificios, ni los tropiezos han subsistido, ni la faena lograda debe despreciarse. Antes bien, al memorar el pasado y atisbar el presente, para todos los bolivarianos debe imponerse una plena satisfacción por lo alcanzado, un auténtico orgullo por la maravillosa realidad de hoy. Pero no nos conformamos con lo ya realizado, sino que en la fecha aniversaria, reafirmamos nuestros propósitos por crecer y robustecer cada vez más todos los organismos y dependencias, secciones y actividades de la Universidad. Nuestro claustro se fundó con miras altas y con fines eternos y por ello cada triunfo alcanzado, cada progreso verificado, lo miramos apenas como una etapa, como un jalón más en nuestro empeño de servir y de crecer, todo para bien de la cultura colombiana y de la Iglesia de Cristo, porque sus títulos de Pontificia y de Bolivariana le imponen la consigna cotidiana y constante de no desmayar ni reducirse en el cumplimiento de sus altos deberes y sus egregios propósitos.

A continuación insertamos algunas de las conferencias leídas con ocasión del décimo aniversario de nuestra Universidad y pronunciadas en diversos actos que para celebrar el fausto suceso se realizaron en la semana universitaria y el 15 de septiembre.

EL ESPIRITU BOLIVARIANO

La Universidad Pontificia Bolivariana acaba de ascender a la cumbre gloriosa de sus dos primeros lustros de existencia. Los magníficos pensadores y hombres de la Universidad que me han precedido en estos micrófonos en

la semana cultural universitaria, han expuesto ante el público de la nación las amplias proyecciones y vastos campos que abarca la grandiosa fundación que un día surgió a la vida cultural espiritualista de Colombia, con fuerzas poderosas y ambiciones eternas.

Aquí se ha hecho el recuento de todo lo que ella tiene en sus realizaciones humanas, es decir, en el campo del espíritu en orden a la vida temporal, y se ha dicho que sus ambiciones van más allá y se sobreponen a los mismos panoramas concretos que la vida estrecha de ahora está ofreciendo.

El señor decano de la Escuela de Derecho supo exponer el programa concreto del abogado católico que la Universidad quiere formar, con su amplia concepción del derecho basado en la justicia que es categoría espiritual eterna. Sus afirmaciones, ponderadas por su enorme inteligencia y su gran corazón, son guiones de nuestra cultura jurídica y pueden ser enarboladas como confalones de un ideal que debemos perseguir constantemente. Porque la Universidad ha tenido en sus principios, y en su pensamiento está escrito, que el titulado por ella debe seguir las normas trazadas por la cultura que hunde sus raíces en el Evangelio de Dios, apoyado en la moral, sin la cual no pueden existir ni el derecho ni la misma justicia. Sentiría en su corazón universitario una amargura infinita si supiera que alguno de sus hijos no corresponde a esos altos fines trazados de manera concreta en el aula cotidiana, y vuelve sus ojos a Dios para que ampare con su irrevocable amor a quienes deben sostener su rumbo, en el trato de una profesión insigne.

Aquí, en esta tribuna abierta cada año para dar cuenta al país y al mundo de lo que la Universidad está realizando, habló un gallardo representante de la Escuela de Química, que ha abierto un nuevo camino a las vocaciones juveniles y ha dado un derrotero sobre modo cierto y preciso a quienes ambicionan campos fecundos para el ejercicio de la inteligencia, en den al progreso humano.

Otros expusieron lo que hace y lo que anhela la Facultad de Arquitectura; y dijeron cuántos son los afanes y las angustias que la Universidad se ha impuesto en el orden económico cuando ha realizado en este corto lapso una ingente obra en la ciudad universitaria; cómo son de vivas las esperanzas que crecen en el corazón de los pequeños que adoctrina en su espíritu y en su verdad cultural en la sección preparatoria, que es mirada por nuestro eximio rector como la niña de sus ojos; cuáles son los programas esenciales que tiene, al lado de los oficiales, en su sección de bachillerato y que abarcan el idearium de una cultura clásica o humanística, en el sentido que le dieron los desterrados bizantinos en la escuela romana.

Al lado de todo ello, tengo yo la comisión de hablar del espíritu bolivariano, que no es palabra vana sin sentido trascendente, sino que es algo real en nuestra vida cultural y preside la diaria faena con un fuego apostólico que palpita en medio del claustro como si fuera su propio corazón. Pero antes, quiero hacer una corta referencia a la Escuela de Comercio, que la Universidad me ha confiado en el puesto de director, y que llena una de las necesidades mayores de nuestro ambiente.

Los fines que la Universidad persigue con esta institución, como con todas las otras, no es simplemente preparar un muchacho para la vida, darle conocimientos para que desempeñe un cargo u oficio, con más o menos efi-

ciencia. Si estos postulados entran en su programa, no son siquiera la parte esencial o principal; porque, de acuerdo con lo que anhelamos en nuestra vida universitaria católica, está primero la formación intrínseca de sentimientos y hasta donde se pueda de caracteres, que la iluminación de la inteligencia. Quizá esa sea la razón principal por la cual en la Facultad de Comercio existen cátedras de ética profesional, servidas por eminentes sacerdotes, en todos sus cursos. Porque creemos, y con nosotros toda la gente sensata, que una empresa tiene mayores beneficios de un empleado que sabe hasta dónde llega la noción de su personal responsabilidad frente a su oficio, y sabe y quiere cumplir su deber, que de un genio que no ofrezca garantías en el orden de la moral comercial.

Y la carrera de comercio es completa. Así lo han visto las empresas que ocupan nuestros muchachos y esa es la razón por la cual desde ahora solicitan los que van a obtener su grado en el presente año.

Un grupo selecto de jóvenes, que han venido durante una larga y cuidadosa carrera, velando sus armas de futuros luchadores de la existencia, para cumplir el mandato divino del trabajo constante, se aprestan en el presente año para recibir su título de Licenciados en Comercio. La Universidad tiene especial celo en que el título corresponda a una categoría intelectual y a una norma moral indefectible e impostergable. Cree que ha puesto en actividad todas las normas que una prudente pedagogía aconseja para estos casos, y espera confiadamente en que los licenciados por ella guardarán íntegro el depósito que les confía, condensado en un espíritu que ha de presidir siempre sus actividades humanas. La Universidad siente cordial emoción cuando sabe que sus alumnos triunfan en la vida, y sigue tutelando y amparando paternalmente su destino en cualquiera de las condiciones que el trabajo bloque a sus ex-alumnos. Y es esta la oportunidad para agradecer vivamente a las empresas que han solicitado licenciados en la Escuela de Comercio para que sirvan puestos de responsabilidad en ellas.

El éxito alcanzado, con la gracia de Dios, se debe al esfuerzo de quienes la dirigen y orientan en el orden espiritual e intelectual y en el orden económico.

Por lo demás, bien sabemos todos los que estamos vinculados a la Universidad Pontificia Bolivariana, el destino providencial que se le ha asignado en la historia de nuestra cultura católica; hemos asistido al diario afán de quienes la siguen nutriendo con sus luces y orientando con su noble voluntad; hemos comprendido que el milagro de su nacimiento, fue la voz Providencial resonando en un momento y en un lugar de su economía divina. Y sabemos que las fuentes nutricias de su espíritu, del espíritu bolivariano, se encuentran en la génesis maravillosa, en el heroico gesto del grupo de profesores y alumnos fundadores que levantaron una bandera gloriosa de espiritualismo en medio de una noche social en donde trataba de surgir un insano concepto materialista.

Y para saber en dónde se encuentran las fuentes de nuestro espíritu, basta volver la memoria al origen glorioso que ha cabido sólo a nuestra insignie Universidad; los otros institutos han nacido de un afán de cultura, casi siempre maduro, con medios económicos que garantizaban su existencia, con un proceso vital de largos días. La historia de las universidades es la de los

afanes y ambiciones de progreso de un pueblo y de una época, que han llegado al punto de convencerse de que no podían avanzar en el orden científico, artístico, social, económico o financiero, sin esos centros que fueran el eje de gravitación de los afanes espiritualistas y de las esperanzas comunes. Y contra toda esa ley sociológica, nuestros claustros adquirieron aliento vigoroso en un momento profético, cuando el alma de esta raza se encendió como una tea para iluminar el caos en que pretendían mover a ciegas el destino cristiano de nuestra cultura y de nuestros afanes espiritualistas.

El gesto generoso y heroico de quienes tuvieron esta inspiración, apenas ha sido ponderado por nuestra historia, porque él es más grande que ella y no cabe todavía en las limitadas páginas de la que hemos vivido; la gesta memorable del 15 de septiembre de 1936, con sus reducidos marcos extrínsecos o materiales, y con sus inmensos significados espirituales, que recogieron la ambición secular de nuestra raza, el afán multiplicado y poderoso de todos los caballeros andantes de nuestra cultura católica, es materia y objeto digno del canto épico; porque en nuestro medio no había sucedido ni sucederá algo parecido, ya que fueron esos días y esos nombres los destinados por la Providencia para que tuviera vigencia en el espacio y en el tiempo la grandiosa fundación que los bolivarianos amamos igualmente.

En la historia de Antioquia, en el corazón de todos sus hijos, en el alma juvenil, no ya de este pueblo sino de la nación y de los centros universitarios americanos, está grabada esta gesta heroica, única en su significado, grande en sus proyecciones, eterna en sus destinos. Este es el sentir del bolivariano de hoy, igual a lo que sintieron ayer, y semejante a lo que sentirán mañana. Porque la Universidad se enorgullece, más que de su amplia vida cultural, más que de sus inmensas proyecciones en la vida del continente, más que de sus magníficas realizaciones en el orden material de su ciudad universitaria, de su espíritu católico y bolivariano, que es la semilla buena y generosa que aventaron en la tierra fecunda de su fundación los que tuvieron la gloria de ser instrumentos providenciales de semejante destino.

Esta historia no puede olvidarse, ni ello llegará a suceder, porque no es narración fría y escueta de aconteceres livianos, provocados por las insanas pasiones de los hombres, sino el toque divino que congregaba con su tufa de oro a los guardianes de un depósito espiritualista, en medio de la serena confianza y del férvido aplauso de todo un pueblo.

Está claro el por qué del espíritu bolivariano en su razón inicial que todos los alumnos de la Universidad han seguido captando y viviendo con fuerza consoladora. Pero es también cierto que ese espíritu, para que perdure, para que sea ente real en la vida de la comunidad, sigue brotando como fruto sustancial del aula, sin ayer y sin futuro, con su eterno presente, porque esa fundación fue una Universidad que agrupa y cohesiona, con el vínculo dorado de un espíritu señero y dominador, las ambiciones espiritualistas de todos los que sentimos afán por las disciplinas culturales. El espíritu generoso de su fundación se transparenta en la palabra cálida y convencida del Rector, categoría jerárquica y espiritual, que ayer se hacía presente en el verbo adusto y convencido, caldeado en la fragua de un acosado corazón, del nunca bien ponderado Monseñor Sierra, y que se desgrana hoy en frase encendida y emoción fogosa del alma sin fronteras del doctor Henao Botero; y

ese espíritu se sigue encendiendo, como lámpara votiva a nuestros ideales, en la diaria disertación del profesor bolivariano que narra el proceso heroico de esta gesta sin segundo, en el ambiente callado, propicio para una anunciación, del salón de conferencia cotidiana.

Si todo ello es así, como lo es, hoy queda a la Universidad la grave obligación de corresponder a ese destino, de progresar en orden a esas normas, de alcanzar los altos fines que la Providencia le ha asignado en estos tiempos de neo-paganismo: porque no hay que olvidar que el positivismo como doctrina no tiene cátedra en los centros universitarios, pero eleva templos paganos en la vida social; que el racionalismo no ofrece hoy campo para las lucubraciones filosóficas, porque ha sido abandonado como punto de doctrina, pero es un método de vida cómoda que adoptan las gentes de la sociedad con irresponsabilidad amargante; y que ahí está entónces la Universidad Pontificia Bolivariana, como fanal inmenso que indica el camino con las luces que proyecta el Evangelio, y endereza los destinos culturales de nuestro pueblo, con una influencia que ha crecido de manera evidente en el discurso difícil de estos dos lustros.

Para llegar a esos altos fines la Universidad, como su nombre lo indica, debe tener, como tiene, un sentido ecuménico, sin fronteras ni límites en el espacio ni el tiempo, en cuyos vetustos claustros se encuentren y se abracen los afanes culturales de los hombres mejores de todos los pueblos y de todas las eras, en relación con la perfección espiritualista que guíe los destinos comunes por sendas de paz, que profetizen y garanticen a su vez la eternal ventura.

Para cumplir su idearium la Universidad tiene que valerse de hombres. El hombre está revestido de torpe barro arisco y tiene deficiencias, como que la perfección absoluta no existe en la vida de tránsito. Por eso, si ha habido pequeñas deficiencias, que nosotros sinceramente no encontramos, es fruto de la connatural limitación de la inteligencia humana, pero no de torcido criterio y voluntad en la orientación de todos sus fines. El espíritu universitario se levanta precisamente en su historia, que tiende, como reflector del pasado a esclarecer el porvenir, y se conserva en los alumnos, vive íntegro en los ex-alumnos, y trasciende al propio corazón de Antioquia y de Colombia que ha vivido esta epopeya y que ama, en sus más altivos valores, esta providencial institución.

La prueba fehaciente de que existe este espíritu, está en la cordial emoción que todo bolivariano siente ante la magia de este nombre. Los idola tribus de Bacon, y los modernos idola fori de Carlos Arturo Torres, que en la urdimbre de su filosofía política explican los movimientos de las gentes, podían tener en nuestro medio bolivariano un gran sentido, depurado de la escoria racionalista que en parte tienen; porque el espíritu está vivo no sólo en los grandes símbolos que abarcan lo eterno en su catolicidad, lo permanente en su aceptación por la Cátedra inmutable de Pedro cuando la hizo Pontificia, y lo temporal en el nombre generoso de Bolívar, sino que se siente palpitante en la urna rectoral que guarda el corazón de su primer dirigente y capitán glorioso que hoy nos vigila desde el puesto que le corresponda en las estrellas; es fuerza viva en el ánimo de estudio; es poder invencible en el coraje católico; es amor irrevocable ante la historia corta de sus diez años

de luchas y victorias; es verdad permanente en los labios y en el corazón de directores y profesores, que se vierte gota a gota en la diaria fatiga de la clase sobre el alma juvenil, para enardecerla con este sentido nuevo de la vida y de la cultura.

Ahí está, señores, el espíritu de la Universidad Pontificia Bolivariana. Frente a ella existe un compromiso de todo católico y de todo hombre de cultura y es, como persigue los mismos fines temporales y tiene idénticas ambiciones eternas, cultivar fuera del aula el espíritu que lo vincule a ella. En su escudo están el alpha y el omega, símbolos que la cristiandad anota para Cristo, cuando afirma que El es principio y fin: la cultura que irradia la Universidad fue también fuente y término, porque encamina sus pasos hacia el progreso temporal en todos los órdenes y busca la eterna salvación del alma. La llama viva de la sabiduría, que es dón del Espíritu de Dios, arde en el centro de su heráldica, y todo él está amparado por una **cruz griega** que simboliza el sacrificio y el esfuerzo para ascender a la cumbre de nuestro término humano, y las fuentes humanitarias que informan su programa.

Señores: el Espíritu Bolivariano es una fuerza viva en la cultura de la nación.

Carlos Betancur Arias

OBRA SOCIAL DE LA U. P. B.

Celebra la Universidad Pontificia Bolivariana el primer decenio de vida ofreciendo a la cultura colombiana un balance feliz y fecundo de realizaciones positivas tanto en el orden espiritual, como en el orden científico, como en el orden material. Una vasta porción de Antioquia ha asistido con solícito afán y desvelado entusiasmo al cumplimiento de este milagro increíble dentro de las realizaciones humanas; otro grupo, apreciable por el número pero mezquino por la calidad ha denigrado esta obra y le ha endilgado toda clase de calificativos despreciables. Por el apoyo de los primeros, por el amor de sus dirigentes y gestores, por la abnegación y tenacidad de aquellos, la obra todos los días alcanza alturas no avizoradas siquiera por sus perfiladores, mientras que los segundos no han podido quitarle un ápice siquiera de su recia estructura granítica.

Mientras en Antioquia este fenómeno atentatorio contra su grandeza sucede, todo el país y los centros culturales de América asisten con asombrosa expectativa a una realidad tangible de prodigiosa voluntad de lucha. Más aún, el Vaticano, sede augusta del pensamiento cristiano, con una tradición cultural e histórica de veinte siglos, no ha permanecido indiferente y la ha llevado bajo su patrocinio, significando así que el pensamiento cristiano de Bolívar marcha a la sombra del manto de Cristo que es el manto de la eternidad, conjunción ésta gloriosa donde se acrisola y tiene vida el espíritu mismo de la Universidad.

No es obra ésta de espíritus débiles, ni de indecisos caracteres. Han sido los hombres templados en el sacrificio, que por el contacto que con él tienen los días y todas las horas, han perfilado las aristas de sus espíritus en

esta lucha gigantesca por una revaluación de los valores éticos y sociales de la era en que vivimos.

Los hombres se aprecian por sus realizaciones. La Bolivariana es una realización digna de esta raza antioqueña, madera propicia para todo lo que hay por hacer que la dignifique y la engrandezca. Esta obra, grande para los hombres, no sólo es orgullo de Antioquia, sino gloria de la Patria.

Los años que vivimos constituyen una edad difícil para las grandes realizaciones espirituales, por el influjo excesivo de tendencias modernas en la concepción de la vida. Día por día el número de los que piensan materialmente crece, al paso que los que razonan con el espíritu disminuye en proporciones alarmantes. ¿Y cuál es la causa? Un desapego a lo espiritual, a los grandes valores que dignifican la vida, que la hacen sublime. Las bellas disciplinas que cultivan el espíritu son despreciadas porque no ofrecen ningún lucro, ninguna utilidad inmediata en el mundo. Está primando ahora un sentido ostensible del placer y de lo utilitario sobre el sentido espiritual y empujado de la vida. Hay una dislocación gravísima en el maquinismo de la cultura. De ahí que la creación de centros universitarios en épocas como la actual salve de esta agitación tempestuosa muchas sensibilidades que adquieran alguna personalidad al contacto constante y continuo con las disciplinas intelectuales.

Y la Universidad Pontificia Bolivariana mantiene en ardoroso movimiento todas estas manifestaciones de la inteligencia, de modo que sus alumnos se contaminen con esa ansiedad o esa inquietud que se fomenta. Los centros de diversos estudios universitarios, los seminarios de ciencias sociales, políticas y económicas, están perfilando con caracteres bien tangibles una nueva juventud más vigorosa, más definida, más concretada en la ubicación de la cultura cristiana.

Entre el conjunto de instituciones que la Universidad propicia y patrocina, hay una, modesta por su dotación, pero gigante por su altura de miras y por el espíritu y apostolado que la gobierna: El círculo obrero. Más de un centenar de unidades entre empleados y obreros concurren a sus aulas cada anochecer, una vez que sus faenas cotidianas han terminado. La Universidad, con un sentido altamente social de su misión los acoge solícita y ha dispuesto de un selecto grupo de profesionales y estudiantes, quienes con igual decisión de apostolado, instruyen en conocimientos generales y en especialización comercial a todos aquellos que con voluntad de éxito y con ambición de cambiar de posición en su vida, abandonan el estado de impreparación para hacerse hombres útiles al conglomerado social a que pertenecen.

La universidad actual ha de ser eso, universal, en el sentido amplio que la palabra tiene en el léxico castellano, no sólo aplicable al campo intelectual, sino que se debe proyectar a la persona y aún al tiempo. Su labor debe ser constante, sin descanso y sin tregua; labor de vigilia es labor meritoria. La universidad no debe concretarse sólo a aquellas personas que por inclinación o por misión se dedican sólo al estudio; no. Debe proporcionarse para que los que trabajan vayan a sus cátedras cuando su labor lo permita, cuando esa aptencia espiritual saturada del ansia de saber los lleve a las aulas en exploración de intelectuales resultados. De ahí que la Pontificia Bolivariana con sus cátedras nocturnas, con sus conferencias para obreros esté ampliando la significación que de su misión debe tener la universidad: almacigo de cultura

en todas las horas y en todos los tiempos, para todos los hombres y para todas las edades.

Espíritus benefactores que han comprendido la misión de la Universidad Pontificia han colaborado económicamente a esta obra de vastas proyecciones materiales y vastísimas en el campo espiritual y cultural. Hoy el Instituto Industrial, de enseñanza técnica para obreros está construido. Faltan las maquinarias, cuyo valor es crecido, pero que un movimiento de los industriales amantes de la cultura católica, podría facilitar con escasa carga para cada uno, al paso que propiciaría una obra que en beneficio de ellos iría también a la postre, pues dotaría las empresas de personal idóneo, técnicamente educado y con sólidos principios sociales, científicos y patrióticos sobre la gran misión que desempeña en el progreso patrio.

¿Cómo puede hacer la Universidad más cultura social que con estas instituciones? ¿Dónde hay una obra en el país, fruto de los modernos socializantes, que tachan la obra de la Universidad como retardataria? ¿Qué han hecho ellos por el mejorarse de la clase de que se dicen protectores, sino es reducir todos los días más su potencialidad productiva con falsos halagos y con incumplidas promesas, al mismo tiempo que les aminoran su capacidad espiritual para apreciar los fenómenos culturales, ennegueciendo su facultad perceptiva para valorar los frutos de la cultura cristiana?

Sin vanos alardes, sin ninguna demagogía, con una pausada pero acelerada marcha hacia el progreso, la Universidad está cumpliendo una trascendental obra social. El comercio, la industria, la banca de Antioquia tienen entre sus elementos, obreros y empleados, bolivarianos salidos de las aulas nocturnas, que cumplen con delicadeza, decoro y eficiencia los cargos que sirven.

Pero el esfuerzo no radica sólo en el espíritu vigoroso del claustro bolivariano, ni en el empeño siempre creciente de sus directivas. Está en alta proporción en el obrero mismo, en su aspiración, unas veces limitada y otras ilimitada. En su ansiedad de triunfo. Y de esto hemos tenido palpables muestras, que nos están pregonando la pujanza misma, la infructuosidad de las campañas antiespiritualistas en las clases trabajadoras; porque todas las noches se nota un hálito especial de esperanza en la victoria de sus ideales.

Porque se necesita de templado carácter y de férrea voluntad en el obrero que termina su faena agotadas sus fuerzas y mermada su capacidad intelectual, cuando al caer la noche, cambia el reposo de su casa y el descanso con sus amistades para venir a la Universidad a ponerse en contacto con la ciencia y con las disciplinas intelectuales. Es una vida en que perseveran muy pocos, pero los que persisten en su lucha, son recompensados ampliamente por el éxito, que alcanzado de esta manera se vuelve regocijo interior, satisfacción del bien logrado.

La Universidad ha cumplido con los obreros parte de su programa de realizaciones. Es educando al trabajador como se hace obra social, pero educándolo en los grandes postulados humanos, en los inmensos problemas del hombre y de la sociedad, adiestrándolo para una lucha entre el espíritu y la materia a que estamos abocados constantemente en los años que cursan. Proporcionándole conocimientos suficientes que le hagan factible su cambio de vida y de posición, mejorando de vida. Qué bien contraria, qué radicalmente distanciada es esta obra de la realizada por los pseudo-caudillos de los obre-

ros y de las reivindicaciones proletarias! No se hace cultura si no se instruye a la clase que más la necesita. No se encuentra el equilibrio social que anhelan los políticos y los sociólogos, si no se da una recta educación en todos estos principios cristianos a la clase trabajadora.

No es obra de gigantes la realizada por la Universidad en el brevísimo transcurso de diez años? Cerca de dos mil estudiantes de todos los sectores de la patria y del otro lado de sus fronteras; facultades con especializaciones en los ramos que la actual evolución de las actividades profesionales requieren; centros de estudios en completa actividad cultural y científica; construcciones no intentadas hasta ahora por ninguna entidad en el país; una publicación, la más erguida del pensamiento cultural y filosófico del continente americano; sus bibliotecas en cada facultad y la ya riquísima para el servicio general de toda la Universidad; sus academias de filosofía y de derecho internacional, corporaciones de altísimo prestigio científico conocidas ya internacionalmente. Toda esta diversa gama de actuaciones, de actividades y de realizaciones, es obra de hombres abnegados puestos bajo la protección de la Providencia Divina que han servido de instrumento para realizar tan altos designios. Ninguna obra humana ha podido dar un balance tan fecundo en tan poco tiempo y con elementos tan precarios. Este ha sido el Milagro de la Pontificia Universidad Bolivariana

R. Darío Restrepo Londoño

EL RENACIMIENTO DE LA ABOGACIA

Somos espectadores, y buscamos ser actores de lo que pudiéramos llamar "el renacimiento de la profesión jurídica". Un renacimiento que se plasma, no de cualquier modo, sino con un esplendor hipnótico y una fuerza promisoría sin paralelos.

Había sufrido, esta profesión, más que ninguna, la decadencia de la época pasada, y el desprestigio por la quiebra de sus principios, que había menguado su dinámica en las varias actividades de la vida social y política. Por un fenómeno lógico el abogado perdió posiciones, abandonó campos impenables y construyó el círculo de sus funciones hasta enclaustrarse en el margen del inciso. Ya no fue el mismo anterior, antes inquieto y poderoso que desde un bufete, una cátedra o una tribuna conmovía al mundo con las vibraciones de su mentalidad plena de ciencia y de empuje y el temblor elocuente de la catarrata de su pluma o su garganta.

El abogado se recluyó pasivamente en su oficina y se hizo amigo de la litis, como una escuela del rígido individualismo de la época que provocó la degeneración y la caducidad de lo jurídico. Pero, por sobre todo, contribuyó a su desprestigio la intromisión en la vida jurídica del picapieitos abominable e inescrupuloso, sanguiuuela de los estrados, escarabajo de las entrelíneas, vampiro del egoísmo y la voracidad humanas para quien no son la moral sino la astucia, no la razón pero la argucia las normas de su modo operante.

La gente acudía al abogado con el temor de encontrar en él la insana malicia y el engaño, o en la esperanza de hallar para sus falacias la complici-

dad activa de quien comerciaba con su honradez, en trueque impúdico y barato. Y ya el derecho no sólo no tuvo alma sino que fue profervo y se convirtió en instrumento de ambiciones curvas. Quienes lograron conservarse dignos e incontaminados sufrieron aquellos métodos y fueron víctimas de los efectos del general inficionamiento y de la incomprensión de una sociedad obnubilada. Así tuvo que desenvolverse el buen abogado en un pesado ambiente de confusión, hostilidad y depresión.

Nació la ambicionada reacción cuando otra vez el derecho devino a ser la práctica de la virtud y la justicia y cuando el abogado, en una nueva etapa de perfeccionamiento, no se retrae ya a la función social que le compete y, por el contrario, la acepta gustoso.

La sociedad moderna busca en todos los órdenes la colaboración del abogado, porque anhela una mejor organización y un superior aprovechamiento de los haberes potenciales de las nuevas formas de convivencia humana. Y Colombia se suma al reconocimiento de sus méritos progresivamente.

Una densa falange de jóvenes profesionales transita los diferentes senderos de la abogacía en una fornida cruzada de renovación que la coloca en sitio primo de la sociedad.

En la administración judicial se perfeccionan paulatinamente los métodos de punición del delincuente, pero no ya como un castigo —que más era una venganza— del delito ejecutado, del que en la mayoría de las veces es aquél el menos responsable, dadas las múltiples circunstancias que inciden perniciosamente en su personalidad anímica, ni como una retaliación por parte de una sociedad que no supo contener oportunamente los resultados de su desorganización, ya que más tarde apenas puede procurar corregir. El de ahora no es el juez de antes, que medía friamente la intensidad del hecho delictuoso, desnudándolo de toda carnadura humana, y en implacable ecuación matemático - jurídica aplicaba la pena, ajeno a la constitución morfológica del reo, a su frecuente tragedia vivencial y a su probable deficiencia psíquica, factores a los que mira primordialmente al estructurar la pena el nuevo juez, más humano porque sabe captar más científicamente la realidad social. Sabe que tras aquellos ojos turbios, en el fondo de aquel espíritu mórbido puede palpar un alma sana, impotente para salir por su propia fuerza del fangal en que se halla sumida. Y en la medida de sus posibilidades trata el magistrado de higienizarlo penalmente y de prepararlo para nuevos rumbos de ética y confraternidad. Pero cuando después de pulsar aquel espíritu y de bucear en sus más hondas intimidades, se halla una personalidad adversa a las mínimas nociones de justicia, amor y caridad, y afectada de una psicopatía de latente criminalidad, opera el juez y separa de la sociedad ese miembro nocivo, para evitar males de consecuencias irremediabiles.

En lo civil, en lo comercial, en lo administrativo se parte de una nueva interpretación de la ley y de la intención de las partes, sobre bases de rectitud, de franqueza y de ecuanimidad. Y en lo social está siempre el encargado de la justicia protegiendo al débil, en orden a un mejoramiento físico y espiritual del medio ambiente del pueblo trabajador, que refluye en la existencia de todos y cada uno de los asociados. Es un desvelado e infatigable guardián de la vida en común y de la seguridad convivencial. Y de todos es sabido que estas funciones están reservadas al abogado exclusivamente.

Hoy en Colombia está la carrera judicial limpia y definida, después de dolorosos avatares que son, por fortuna, pasto del pasado. El estudiante de derecho que al finalizar sus años de universidad quiere consagrar su vida a las funciones del foro con celo y abnegación, encuentra la más pulcra y brillante escala que, comenzando en los juzgados municipales lo eleva a la magistratura de la Corte Suprema de Justicia, máxima aspiración del buen jurista.

También las industrias se han agregado a este movimiento, con un sentido realista del progreso. Por algunos años fueron dirigidas con técnica, solamente; y también de allí fue excluido el abogado, en quien no se veía más que al profesional parlante y lucubrador, carente de sentido común. Otros profesionales fueron llamados a reemplazarlos en una involucración de funciones, y con un aparente acierto del que apenas comienzan a recobrar. Las nuevas promociones de juristas están habilitadas para la gerenciación de las industrias, para las que están plenamente capacitados, con la superioridad de quien a la vez sabe aprovechar pequeños detalles y organizar la empresa con una completa percepción de la potencia de cada una de sus partes y con un vuelo mental que le permite captar todas las posibilidades de esa industria y planear sobre regiones económicas más extensas. Porque poseen los dos requisitos esenciales al buen gerente: iniciativa y poder de concreción ordenada. Además de que el patrón abogado sabe acercarse más al alma del obrero y adaptarse mejor a la satisfacción de sus necesidades. Es un conocedor de las relaciones de los hombres, que son el objeto de su ciencia, y por eso le imprime al esqueleto de los números temperatura humana y ánima social. Y ante las nuevas formas de los deberes patronales, imposible de encajar dentro del cauce de las matemáticas, se apela al joven abogado: sagaz, emprendedor y dinámico. Nuestras empresas no han sido ajenas a estas ideas y hoy cuentan casi todas con abogados en sus principales puestos directivos, o ligados ceñidamente a las partes cerebrales de su organización.

Igual han comprendido los Bancos, en la totalidad de cuyas juntas directivas hay abogados, y que les han encomendado, además, los puestos de responsabilidad más delicada, luego de una experiencia de resultados óptimos. Y las Compañías de Seguros confían íntegramente su organización y funcionamiento a jóvenes jurisperitos, sin que éstas ni aquéllos hayan quedado defraudados.

En el periodismo ha sido el abogado quien ha impreso la pauta de seriedad, de responsabilidad y de serenidad que conjuga con el magnífico impulso ideal que imprime a sus campañas y que lo plantan a la cabeza de la patria, como un bizarro penacho, altivo y victorioso siempre, hasta en las derrotas, porque en ellas encuentra sólo un accidente, una experiencia aprovechable, más bien que un acontecimiento luctuoso. Todas sus plumadas ostentan el signo del aula de derecho y están enmarcadas en el principio que obliga emplear en el sostenimiento de las causas solamente los recursos compatibles con la verdad y el honor, que percute constantemente en sus manifestaciones. Y podemos observar cómo prevalecen los juristas en las direcciones de los periódicos.

El buen doctor de Derecho es peón incansable de la cultura, porque es ya en sí un valor ético. La necesidad de la expresión intelectual en todos los actos de su vida profesional hace que el alegato, la sentencia, el artículo, el

discurso y las demás producciones de derecho sean aportes luminosos y amplios a la formación de nuestra incipiente cultura.

Desde la cátedra, además, tiene oportunidad de expandir su ciencia y de volcar sobre el renuevo juvenil, grata y desinteresadamente, el robusto contenido de su mentalidad formada en los salones universitarios, enriquecida en las frecuentes vigiliás del estudio y fortalecida en la misma docencia generosa que lo nutre de prietas y sápidas experiencias.

A la política sí había venido siendo fiel el abogado, pero en cambio se había abajado esta actividad, al descarriarse de sus líneas bases, hasta decaer a una caterva de individuos inútiles y estorbosos, cuando menos. Vino "el abuso legislativo", que llamara alguno acertadamente, según quien, "la democracia ha degenerado en charlatanismo y discusión interminables. Los parlamentos creados primitivamente para señalar los impuestos y fijar los rumbos generales de la política, invadieron terrenos que pertenecen exclusiva y racionalmente a la función ejecutiva del Estado. Como fruto de esa perversión de sus fines, el parlamento se convirtió en sede de la ineficacia y padre de la catástrofe".

Hoy podemos percibir la lenta evolución hacia su sentido puro: vuelve el legislador a facturar disposiciones de alto valor jurídico y de aquilatada esencia social, inspiradas por el jurisconsulto o por él perfeccionadas.

Mas no solamente en la política se muestra el influjo renovador del abogado; en las diferentes ramas de la administración nacional, departamental y municipal todas las obras progresivas, ecuánimes y eficaces han sido realizadas con la colaboración del abogado, para quien estos, como todos los demás puestos que desempeña son objeto de servicio antes que ocasión de lucro o de satisfacción de apetencias personales. Son parte vital del Estado que hoy se compone principalmente de abogados, quienes ocupan los puestos más altos.

Nadie mejor, también, que quien posee un nuevo acervo de conocimientos suficientes, para representar eficaz y cumplidamente al Estado ante los otros gobiernos. Es el Derecho Internacional Público y Privado una de las ciencias más complicadas y menos asequibles para quien no está formado en las disciplinas generales del Derecho. De ahí que el abogado internacionalista tenga siempre asegurado lustrosamente su porvenir en los menesteres diplomáticos, en los que sabe mantener el nombre altivo y digno de la patria.

Esto en lo que atañe a las ocupaciones que dicen dirección, a las que está llamado por propio derecho el abogado. Que hay un sector más directamente tocante a la profesión: el de las actividades forenses particulares, la labor de oficina y el trabajo para el cliente; que es el menos ostentoso pero el de mayor importancia, en el que más efectivamente se ha filtrado el ímpetu transformador de la profesión.

Es la zona de significación y alcances superlativos y de más urgente revitalización, porque es la más angustiada. Fue en ella en donde más se ensañó la ponzoña utilitarista, con las terribles consecuencias para la sociedad y para la profesión que aún vivimos. Lo principal de la labor está por hacer y la nueva corriente cauterizadora va colando favorablemente en aquellas personas que prescindían del consejo y los servicios del jurista por el recelo y la animadversión que les inspiraba, cuyas causas detallé antes. Es preciso que

el abogado vuelva a ocupar el sitio privilegiado en cada negocio y en cada hogar, para que todos los actos de la vida de las relaciones económicas de los diversos sectores de la sociedad sean conformados con un criterio jurídico, en orden a la prevención de colisiones y litigios disociadores que sólo dan pábulo al instinto egoísta del hombre y que conducen, por lo regular, a peores complicaciones. Si vuelve a florecer el jurisconsulto y las gentes toman de él su guía y su consejo antes de actuar apresurada e ignorantemente, se eliminará al mínimo la odiosa y corrosiva institución del pleito.

Un continente inmenso de actividades se presenta, pues, ante el nuevo abogado, preñado de gayas proyecciones, de fecundos indicios y ricas tangencias, orientado hacia los más brillantes anhelos del espíritu. Y es ése, precisamente, el renacimiento que contemplamos: la nueva unión del espíritu y el cuerpo del derecho, aberrantemente separados por las tendencias materialistas de la época, y que otra vez forman en nuestros días un conjunto animico fuerte y admirable, de aristas perfiladas de justicia y lineamientos definitivos. Es la reconquista del imperio del derecho, pero de un derecho no laso sino animado y vital, cónyuge del bien y tirano de la iniquidad.

El abogado moderno conecta una total compenetración con el derecho, del que no tiene un concepto venal, como anteriormente se tenía, sino la consideración de la esencia espiritual que lo conforma. El materialismo en éste como en todos los órdenes de la vida que absorbió, fue la causa de su extravío, de su humillación y de su agonía. Pero hoy, cuando nuevamente la tea del espíritu enciende el pensamiento en una tendencia universal de magna significación reivindicatoria de la humanidad, aparecen las obras realizadas en la práctica de aquel sistema con el detalle mínimo de lo inconsciente, y surgen, como almenas medioevales, las grandes realizaciones sociales, contorneadas por el espíritu, perenne rector de la justicia.

Sin embargo, como afirma el doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo en su ensayo "La crisis contemporánea", "...ninguna reforma de instituciones sirve para nada, si no se apoya en el cumplimiento de un orden moral que garantice la justicia". Ha sido la base para la confianza que la sociedad colombiana le retribuya a dicha profesión el espíritu de hermandad inseparable de la moral y el derecho que informa la conciencia del nuevo jurista, espíritu que, con pocas pero luminosas excepciones —que son fundamento de la revaluación actual— se había extinguido, al ser rechazada la existencia de la moral o su relación estrecha con el Derecho como principios a la vez falsos e incómodos. Y es un aporte trascendental a la magnífica restauración de la abogacía, de que puede ufanarse la Universidad Pontificia Bolivariana.

El abogado bolivariano, en un grandioso esfuerzo de superación, se yergue, fiel a las instituciones eternas, en la altura noble de su mística patriótica y cristiana, con voluntad de servicio y espíritu de justicia, ante una sociedad que lo acata y lo necesita, a la que responde consciente de su estimación y de la responsabilidad inmensa que se impone al afirmar solemne y serenamente su juramento, por el que promete defender el orden y la libertad de la patria y ejercer la profesión conforme a las normas de la moral cristiana, síntesis de su programa de vida.

Ignacio Mejía V.

LA ARQUITECTURA A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

Es imposible en el corto espacio de tiempo de que dispongo, desarrollar el vasto tema que comprende este título; por lo tanto, me limitaré a hacer un somero análisis de lo que fueron los principios de la Arquitectura y sus primeros desarrollos.

Los primeros principios clásicos que encontramos a través de los siglos, tuvieron origen en Egipto, regidos como en todos los demás pueblos por diversos factores: económicos, científicos, geológicos y otros más que forman lo que le es peculiar a cada pueblo y que no es posible dejar a un lado al hacer un estudio de su arquitectura.

En la Arquitectura Egipcia encontramos como factores principales el culto de los muertos y sus arraigadas creencias religiosas, que determinaron una clase de arquitectura resumida en templos y tumbas; aunque no pueda despreciarse la influencia que tuvieron por su Geología, que los llevó a una construcción exclusivamente de piedra y el contacto con los pueblos vecinos, tribus casi todas bárbaras, que aunque muy poco pudieron influir sobre ellos, contribuyeron a abrir nuevos caminos y horizontes para una arquitectura que era ya de por sí monumental.

Como una fiel expresión de lo que fue para los egipcios el respeto por los muertos, encontramos primeramente las pirámides, con toda la bella simplicidad de sus masas de una altura y solidez tal, que al servir de tumbas a los faraones, daban una idea de imposición sobre sus súbditos, que perduraba en esta forma, a través de los tiempos.

Entre las principales pirámides encontramos las de Keops, Keirén y Miquerinos, que con la famosa esfinge formaron el grupo de Gizé, y las cuales no me detendré a analizar por ser un tema bastante conocido. Estas pirámides no fueron edificadas en una forma arbitraria, sino guiadas por un criterio estrictamente geométrico, que daba para la altura, el radio de un círculo, cuya circunferencia fuera igual al perímetro de la base.

Existen además otras tumbas, como las del Valle de los muertos, que aunque no sean de menor importancia tendré que dejar a un lado, para continuar en el desarrollo de este somero análisis.

En Egipto, la Arquitectura religiosa tuvo más tardío desarrollo que la funeraria, llegando aquélla a tener, posteriormente, un desarrollo tan grande, que alcanzó predominio sobre todas las demás artes, inclusive, sobre la funeraria, y así encontramos templos como el de Karnak, Luxor y Horus, de una riqueza tal, que aún hoy, son fuentes de inspiración y de belleza, principalmente por sus columnas, bajorelieves y representaciones inspirados, generalmente, en los motivos naturales.

Continuando en los principios de la Arquitectura, llegamos a contemplar tres pueblos que constituyen las más tempranas civilizaciones del Asia Occidental; fueron ellos: Caldeo, Asirio y Persa. Cada uno llegó a tener sus caracteres arquitectónicos propios, determinados principalmente por factores geológicos diferentes; sin embargo, no pueden analizarse completamente separados ya que posteriormente Asiria y Caldea formaron un solo pueblo y más tarde con Persia constituyeron un gran imperio: El Imperio Persa.

La influencia casi exclusiva del factor geológico, llevó a la arquitect.

tura caldea a idear un tipo de construcción completamente desconocido hasta entonces; fue éste el de la cúpula y bóveda, sistema que, necesariamente, tuvieron que emplear, obligados por la escasez de otros elementos de construcción, que no fuera el ladrillo; en esta forma, lograban una mayor resistencia en ese material, casi único en sus construcciones.

Desgraciadamente por este elemento empleado, no han llegado hasta nosotros, con mayor precisión, las grandes obras de esta Arquitectura, que tan variados matices pudiera presentarnos. Sólo encontramos vestigios de la gran ciudad de Babilonia con sus templos de Marduk y Ashur, y el palacio de Nabucodonosor, considerado como una de las siete maravillas del mundo por sus famosos jardines colgantes, sostenidos por bóvedas, y entre los que se encuentran algunos a los que se les ha negado todo carácter artístico, pero que son admirables si tomamos como punto de vista el haber sido construidos en los albores de la Arquitectura.

Llegamos ahora al punto de contacto entre las civilizaciones caldea y asiria; lo encontramos en el período de conquista, emprendido por estos últimos hacia el año 1275, antes de la era cristiana, y que se extendió hasta el 606 A. C. En este espacio de tiempo, los asirios lograron asimilar totalmente los métodos de construcción caldeos, y encontramos como suyos la cúpula y bóveda y empleado aún idéntico material de construcción: El ladrillo. Se distinguieron sin embargo en la decoración de sus muros, pues en la arquitectura caldea fueron revestidos de ladrillos barnizados, a diferencia de los asirios que usaban como decoración lajas de piedra esculpidas con bajo relieves e inscripciones. Entre las principales construcciones asirias, resalta el Palacio de Sargón en Korsabad, construido por el más famoso de los reyes asirios, Sargón, y en cuya decoración se emplearon gran cantidad de relieves evocadores de escenas, generalmente guerreras, que nos llevan a reconocerlo como un pueblo poseedor de una extraordinaria imaginación.

Existen también obras de menor importancia, como son los templos de Asur y Abad, construidos en épocas en que Asiria parecía entrar en un período de decadencia, en tiempos en que empiezan a delinearse los trazos de otra gran Arquitectura: La Arquitectura Persa.

De la Arquitectura Persa sólo han logrado llegar hasta nosotros muy pocos ejemplos de sus bellas construcciones, únicamente aquellas que fueron hechas de piedra, y a través de las cuales se manifiesta la influencia poderosa que recibieron de los egipcios, caldeos, asirios y otros pueblos de menor importancia, con los cuales tuvieron un contacto directo, por ejemplo, los Griegos Asiáticos. Sin embargo esta influencia no alcanzó a abolir su propio espíritu de invención, y encontramos aquí el origen de uno de los pasos más importantes en la evolución de la Arquitectura: el cambio de sistema de construcción de cúpula y bóveda a otro completamente nuevo de columnas y dinteles que ha perdurado a través de los tiempos, hasta llegar a constituir en nuestros días uno de los métodos más apropiados para la construcción.

Este sistema propio de construcción, está claramente definido en los palacios de Darío, Susa y Persepolis, el último con su famosa "sala de las cien columnas", de las cuales sólo una queda en pie y que formaban un conjunto que podría recordar las salas de los templos egipcios. Nos quedan además obras de valor como la tumba de Ciro, los palacios de Sarvistán y Firuz

Abad, que presentan la característica de un estilo constructivo completamente diferente—fiel expresión de la influencia caldea—de cúpula y bóveda—aunque un poco modificado y que ha recibido el nombre de cúpula de Cañón.

Entra ahora uno de los períodos más llamativos, quizá el más interesante de la historia de la arquitectura, “el período del apogeo del arte clásico en la Arquitectura griega”. Foco luminoso desde el cual irradian sobre la Arquitectura de todos los tiempos, la inspiración y la belleza, la proporción y la sobriedad, y al cual se le ha dedicado la mayor expresión de belleza que pueda alcanzarse, nunca llegando a una representación fiel de lo que fué.

Chateaubriand nos da un luminoso recuerdo de lo que fué la arquitectura helénica cuando nos dice: “Veo hoy en mi memoria, Grecia como uno de esos círculos brillantes que a veces se perciben al cerrar los ojos. Bajo esta fosforescencia misteriosa se dibujan ruinas de una arquitectura fina y admirable, todo ello más resplandeciente aún por no sé qué otra claridad de las musas”.

Esta época, período cumbre de todas las arquitecturas se extendió desde el año 1100 hasta el 168 A. C., en tiempos en que las demás arquitecturas sí eran apenas dignas de consideración comparadas con lo que fue la de este pueblo.

En el análisis de esta arquitectura podemos tomar dos puntos de vista diferentes: el civil y el religioso, siendo ambos de una fuerza tal que no podríamos inclinarnos a decidir la supremacía del uno sobre el otro. Es evidente que sobre ella obraron como sobre todas las anteriores factores determinantes en sus caracteres. De ellos los más sobresalientes son su geografía, geología, religión y otros de menor importancia, pero sin llegar a prescindir de la influencia recibida de fuera.

Grecia, situada en una posición privilegiada con relación a los demás pueblos, pudo recibir fácilmente la benéfica influencia que sobre ella irradiaron y asimilar lo más interesante de sus arquitecturas que resumidas luego en una sola dieron origen no sólo a esta magnífica arquitectura, sino también dentro de ella, a los famosos tres órdenes clásicos, base de las proporciones arquitectónicas en todo tiempo. Fueron ellos el dórico, jónico y corintio, que nos servirán de base para hacer un análisis desde otro punto de vista, ya que la totalidad de sus obras fueron construídas bajo una de las características de estos tres órdenes.

Bajo el amparo de las regias líneas del orden dórico se agruparon obras famosas, tanto religiosas como civiles, entre las que se destaca como de mayor importancia el Partenón de Atenas, que parece dominar la ciudad con sus elegantes columnas de mármol.

Bajo la viva imaginación del pueblo jónico, nació el orden jónico, en el cual encontramos como característica principal la famosa voluta en espiral, cuyo origen no puede tomarse como un producto exclusivo de imaginación, sino más bien como una mezcla de imaginación e inspiración, lograda hábilmente en la forma de una caracol un poco modificada. Este orden con sus características claramente definidas se extendió luego a través de Grecia, dejándonos obras de un valor inapreciable, como lo son el templo de Nike Aptheros, el de Artemis en Efeso y el Erecterión, que ha pasado a

Crónica Universitaria

la posteridad como el más apreciable de todos, por su famoso pórtico de las cariátides.

Llegamos ahora al tercero y último de los tres órdenes clásicos: el corintio; nacido bajo el período de dominación romana, ha llegado a considerarse como una variedad del jónico más bien que como una creación; sin embargo, presenta en su capitel la famosa hoja de acanto que establece la indudable diferencia entre los dos, no importando que en los demás detalles conserve las características de aquél. Su aplicación en Grecia fue más bien poca si tenemos en cuenta la de los órdenes anteriores; aunque nos ha dejado obras de alguna importancia como lo son el monumento Corragio de Lisicrates, la Torre de los Vientos y el monumento a Júpiter que aunque considerado más bien como romano, presenta su arquitectura de acuerdo con las características del corintio.

No debo terminar este corto análisis de la arquitectura griega sin mencionar al menos las obras más importantes destinadas a usos civiles como lo fueron: Teatros, Circos y Foros, entre los que sobresalen el Teatro de Dionisio, el Mausoleo de Adriano y el Agorá. Monumentos dejados como herencia de una arquitectura inigualada en el pasado, admirada y venerada en el presente y más gloriosa en el futuro.

Los conquistadores romanos supieron combinar en su arquitectura esos elementos griegos con los asiáticos, adoptando la bóveda sostenida por columnas. Ese principio constructivo dió la luz a obras que son todavía la adoración de nuestros tiempos, el Coliseo, escena del martirio de los primeros cristianos, y entre otras el Partenón de atrevida construcción, hay iglesia católica todavía en uso. Los numerosos edificios que los romanos dejaron en Italia, como en todas sus posesiones sirvieron de modelo a los arquitectos del Renacimiento, época brillante entre todas y cuyos representantes llevan el nombre de Miguel Angel, Rafael y para no alargar esta lista, Leonardo da Vinci, artistas geniales y hasta ahora inigualados.

Rogelio Morales

ASPECTOS DE LA FACULTAD DE INGENIERIA QUIMICA

Fue voluntad del Rector Magnífico de la Universidad Pontificia Bolivariana que yo ocupase estos micrófonos como representante de los ex-alumnos y alumnos de la Facultad de Ingeniería Química del Instituto que él conduce sabiamente. Reconozco que mis merecimientos no alcanzan a tan señalado honor, pero con gusto lo he aceptado. Reclamo sí, el primer puesto como el más grato y fiel servidor de mi antigua Universidad.

Quiero advertiros de una vez que no encontraréis en mi disertación un discurso de corte académico, sino una simple y corta charla sobre algunos aspectos de la Facultad de Ingeniería Química.

Si después de oír mis palabras quedare en vuestro ánimo una mayor admiración y un mejor conocimiento por la Facultad de Química, yo me consideraré ampliamente satisfecho de haber cumplido a cabalidad mi propósito,

para erigir un monumento eterno de cultura. Los corazones de aquellos paladines estaban henchidos de inmenso espíritu renovador, y así las bases de aquel edificio fueron profundas. Ni su cuerpo tembló, ni su entendimiento claudicó en sus propósitos, y por esto sembraron para la eternidad. Aquella obra se fue levantando poco a poco y hoy se irgue, majestuosa, sobre el panorama todo de la patria y aún descuellos en horizontes lejanos.

Humilde de origen y grande de espíritu la hoy UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA, al poco tiempo de fundada dió al país su más ponderado fruto: la FACULTAD DE INGENIERIA QUIMICA.

Desde la fundación de la Universidad el hecho más trascendental de ella es el de la creación de la primera Facultad de Química del país. En Colombia, entonces, no había un solo químico graduado en su territorio, y era de necesidad apremiante, impostergable, la formación de un establecimiento de esta clase. Las directivas del joven instituto comprendieron que les correspondía desempeñar un gran papel histórico que de antes les estaba señalado, y en un arranque patriótico inmenso echaron sobre sus conciencias la extraordinaria responsabilidad de la fundación de una Facultad de Ingeniería Química.

No fue acaso un atrevimiento mayúsculo aquel de establecer una Facultad de Química? No es por cierto de altísimo costo la fundación de una Facultad de esta clase? Y cómo gentes que se encontraban con las manos vacías, tuvieron la osadía de emprender obra tan grandiosa y casi impracticable para ellas? Pues nó: para aquellos hombres no había imposibles; fueron adelante con sus propósitos, y hoy contemplan, satisfechos y orgullosos, el resultado de su labor fecunda, que ha dado ya frutos positivos.

Era tan pobre nuestra querida Universidad que, en un principio, apenas si se disponía en ella de una mala mesa y un taburete para el profesor y de sencillos bancos para los estudiantes. Los educadores no cobraban sus sueldos y los alumnos colectaban fondos, entre ellos, para comprar tizas, borradores y demás útiles de uso indispensable. Laboratorios? Tal vez sonreiréis al decirnos que un tubo de ensayo, una lámpara de alcohol y algún reactivo constituían toda la riqueza de nuestra facultad. Después, gracias a la Divina Providencia y a las personas caritativas, ese tubo de ensayo se multiplicó, esa lámpara de alcohol se reprodujo y los reactivos vinieron uno después de otro. Hoy abundan los matraces y las retortas y los alambiques y los sopletes y los gasógenos y las soluciones de soda cáustica y de ácido clorhídrico y de acetato de uranio y de molibdato de amonio. Y no sólo los laboratorios de análisis químico, sino también los de química mineral y orgánica, los de electricidad y química industrial, los de físico-químico y metalurgia surgieron poco a poco y como por encanto. En suma, poseemos hoy uno de los mejores laboratorios de Colombia, en su género.

Quizá muchos de vosotros ignoráis que, mes por mes y año por año, la Universidad pierde sumas cuantiosas por concepto de la Facultad de Química. Hasta cuándo durará esta situación? El tiempo no hace al caso, han respondido los dirigentes; qué importa lo que nosotros dejemos de ganar ahora si ello va en provecho de la patria y de un puñado de muchachos ambiciosos de saber? Además, la Facultad estará completamente dotada en día no lejano.

Aunque esta charla está tomando el carácter de una biografía, prefiero continuarla así porque muchos de vosotros desconocéis preciosos detalles sobre este asunto. Así, por ejemplo, no os imagináis cuán difícil fue la formación de profesorado idóneo. Se dió el caso de que para un crecido número de materias no se hallaban en el país individuos capacitados para desempeñar las cátedras. La solución se encontró habilitando un grupo de jóvenes egresados de la misma Facultad, los cuales hoy sirven de esta manera con lujo de competencia.

Ya os oigo preguntar: cuáles son, pues esos maravillosos resultados de la Facultad de Ingeniería Química? Escuchad: sin incurrir en hipérbole puedo decir que, con pocas excepciones, todas las industrias colombianas están asistidas por técnicos nuestros: textiles, curtimbres, ácido sulfúrico, cervecería, fábrica de licores, plásticos, metales preciosos, siderúrgica, cementos, azúcares, rayón viscosa, farmacéuticos, grasas y aceites, petróleos, ácido clorhídrico, fertilizantes, ácido cítrico, laboratorios bioquímicos, Ministerio de Industrias, productos químicos en general, industrias de alimentos, pulpa de papel y cartones, sulfato de sodio, bisulfuro de carbono, caucho, etc. La mayor parte presta sus servicios, como queda dicho, a empresas colombianas; otros sirven a poderosas casas extranjeras como la Du Pont, la Tropical Oil Company, la General Dyestuff Corporation, la Geigy, la Sandoz, la Burlington, etc. También los hay que han formado sus propias compañías, como Industria Kalio—"Inkalio"—y aun los que trabajan individualmente en negocios netamente químicos, por lo demás muy lucrativos.

Mediante la invitación galante de algunas Universidades europeas y estadounidenses, muchos de los químicos bolivarianos han ido al exterior a perfeccionar sus conocimientos en determinado ramo. La inteligencia y buena preparación de estos muchachos ha causado viva impresión en Academias de otros lugares, hasta el punto de que nuestra Facultad empieza a gozar de fama continental. Prueba de ello es la excelente donación que una famosa Universidad americana, hizo a la Facultad en días pasados, consistente en una gran biblioteca de obras técnicas de química.

A propósito os puedo informar que la Biblioteca, aunque pequeña, es muy selecta. Sobre todo posee una vasta bibliografía en revistas extranjeras y nacionales. Además, ya pasan de veinte las interesantísimas Monografías que, como tesis de grado, han presentado los individuos que hoy tienen el alto honor de poseer el título de Ingenieros Químicos de la U. P. B.

La joven Facultad de Química no ha sido ajena a la creación de importantísimas empresas industriales, y más de una vez ha salido de sus aulas la idea de algo nuevo y grande. Un solo ejemplo será suficiente para comprobar lo dicho: en verdad os extrañaréis de oír que la "Compañía de Productos Químicos Nacionales" (Sulfácido), la única empresa colombiana que produce ácido sulfúrico de superior calidad, fue ideada, proyectada y puesta en marcha por la intervención directa de la Facultad de Ingeniería Química Bolivariana. Es consolador observar cómo pequeños grupos de profesionales bolivarianos han llegado a la formación de empresas debidas a su propio esfuerzo. Una de ellas es "Inkalio", que antes cité. Industrias Kalio inició labores hace dos años con un capital pequeño, el cual asciende hoy a ochenta mil pesos; posee edificio propio y surte a las industrias de textiles

de varios artículos que antes era forzoso importar en grandes cantidades del exterior.

Yo quisiera llegar a vuestro ánimo y haceros ver claro que la labor que desempeña actualmente la Facultad de Ingeniería Química es labor científica, fecunda, altruista, patriótica, bolivariana. Por esto insisto acerca del éxito alcanzado por los profesionales bolivarianos. Nuestras empresas industriales miraron con recelo a los primeros químicos, pero después de utilizar sus servicios se convencieron de que podían prescindir de los técnicos extranjeros. Existen compañías que utilizan hasta cinco de nuestros químicos en su parte técnica. Y se da el caso de que por la escasez de técnicos, las fábricas se sirven de jóvenes que aún no han terminado sus estudios. Con ello dan al futuro profesional la oportunidad de familiarizarse en su ramo y ellas mismas aprovechan de estos estudios.

La Facultad ha entregado al país unos cuarenta profesionales que se encuentran diseminados en todo el territorio patrio y ocupan puestos de mucha categoría y responsabilidad. Se explica la amplia diseminación de los químicos bolivarianos por dos razones: primera, porque ha sido siempre mayor el número de estudiantes de otras secciones del país que de Antioquia; y segunda, porque las peticiones, más que a los profesionales mismos, se han hecho directamente a la Secretaría de la Facultad, la cual las ha ofrecido en la forma más conveniente.

Han pasado ocho años y la Facultad de Ingeniería Química sigue en pie. Otras facultades análogas se han fundado en departamentos hermanos y aquí en la misma Antioquia. He ahí otro de los más sonados triunfos de nuestra Facultad: lejos de provocar envidias, las nuevas fundaciones le han servido de estímulo y de sana alegría. La U. P. B. se ufana y enorgullece de haber provocado la orientación de algunas universidades hermanas y de muchos estudiantes de segunda enseñanza por las ciencias químicas.

Ahora más que nunca podréis observar el valor que para Colombia tenía la preparación de Ingenieros Químicos. Contemplad el panorama universal y no encontraréis industria sin química. Mirad hacia arriba, hacia abajo, a donde queráis, y siempre encontraréis materia. Recordad que la química estudia la materia en su fundamento interno. Toda la maquinaria bélica de hoy,—hay que decirlo con amargura—se mueve gracias a la química. La industria alimenticia, la industria textil, para no citar sino éstas, se favorecen y complementan con la química. Los colombianos, pues, no nos quedaremos al margen de las demás naciones porque contamos con varias facultades de Ingeniería Química.

Ya os he hablado sobre la Facultad de Química de la U. P. B., os he tratado algunos de sus aspectos, su organización, y os he informado sobre el resultado de sus profesionales. Me resta sólo invitaros en forma franca a que la conozcáis más de cerca; visitadla; acercaos a sus laboratorios, y ayudadla, y os convenceréis de que es un positivo semillero de ciencia.

Es ya bien conocida de todos la magna epopeya de la Universidad Pontificia Bolivariana. Dura y ardua fue la tarea de sostener esta institución. Pero todo se hizo porque el fuego y la pujanza de quien la fundara, ardieron para siempre en el pecho de los que lo acompañan. Poco a poco, pero siempre adelante, fue levantándose esta magna Universidad, hasta llegar al pináculo de la gloria. Fuertes varones que sabían de dolores y trabajos, le dieron el empuje titánico, y los clarines de la gloria, cantaron sobre el mundo la grandeza de sus triunfos.

La juventud gallarda que se forma en estas aulas es la esperanza de la Patria. Aquí los hijos de los acudalados y los hijos de los pobres, se unen por un vínculo común: el de la bolivarianidad. Un mismo espíritu une los corazones, y las manos del pobre se estrechan con las manos del rico. Aquí se forjan sobre el yunque de las ideas los futuros pensadores; y las normas justas y los preceptos sabios, modelan la mente y las conciencias. Una ética pura reina en la Universidad, y los alumnos se forman en ella. Aquí se les da aliento y se les vigoriza, se les ayuda y se les premia, se les educa y se les instruye, se les forma y se les enseña a ser formadores.

Noble y altamente digno de elogios es el esfuerzo de la Universidad, en tan poco tiempo de existencia. A los alumnos mejores de cada clase, se les premia en los certámenes finales, con becas para estimular el trabajo. Becas que ha creado la Universidad con este fin, y que se dan con preferencia a los hijos de las familias menos pudientes. Sabia norma que nos enseña, y que enseña al mundo entero, que a los hijos de los pobres se les debe estimular, para que no fracasen. Ellos son la esperanza redentora de familias numerosas. Triste y doloroso sería que se perdiera una inteligencia por falta de medios y con ella se derrumbara el sacrificio y la esperanza de muchos años. Por eso en el corazón de la Universidad, tienen calor y abrigo, cariño y ayuda, todos los estudiantes, sin distinción de clases, ya que la importancia de un hombre no se mide por la riqueza de su familia, sino por lo que vale el hombre en cuanto hombre.

La Universidad tiene un rumbo cultural, que puede hacer parangón perfecto con cualesquiera otra Universidad. La enseñanza de la Filosofía tiene una importancia capital, por ser esta materia de una necesidad absoluta en la vida de los profesionales. Los problemas de la vida, se hallan resueltos claramente en la Filosofía, y es la filosofía cristiana la que ha resuelto todos los problemas. Aquí como en la Universidad de París, se escucha el pensamiento profundo de Alberto Magno y Tomás de Aquino, expresado por los profesores que dictan las clases de Filosofía. Y es Grecia con la profundidad de su pensamiento, representada en Aristóteles; y en Roma con su voz infalible; y es Cristo que dialoga en frases de caridad y nos enseña que somos iguales; y es Bolívar con su palabra de clarín épico, con su palabra ardiente como el sol del trópico, con su palabra que nos llena de anhelos y nos enseña que esta tierra que nos vió nacer es nuestra madre.

La lengua nuestra es otra de las materias más importantes. La Universidad quiere que estas juventudes modernas sigan encarriladas por los buenos senderos; que otros idiomas no tengan la supremacía sobre el nuestro, en

Universidad Pontificia Bolivariana

los estudios de bachillerato. Que la lengua que hablaron Teresa de Jesús, Cervantes, Lope de Vega, Suárez, Caro, Valencia y muchos otros, continúe siendo la lengua de los divinos coloquios.

Las conferencias culturales se hacen precisamente con el fin de estimular los espíritus jóvenes, para las faenas altísimas de la inteligencia, para el arte difícil del buen decir, para acostumbrarlos a exponer claramente sus ideas, y para que conozcan las ideas de los pensadores.

Aquí se aprende a amar a Dios y a la Patria. Cristo y Bolívar son nuestros bravos capitanes. Ellos nos dieron religión y patria, redención e independencia, cielo y tierra propia, cruz y espada, dulcedumbre y coraje, nobleza y gallardía.

Aquí se aprende que la cruz donde murió Cristo, no es sólo un madero, sino el símbolo perfecto del dolor y del amor, los sufrimientos y las victorias. La espada de Bolívar es para nosotros un rayo que rompe cadenas y alumbrá tinieblas y enciende corazones y crea repúblicas.

Salve gloriosa Universidad Pontificia Bolivariana, madre fecunda, que alimentas con la leche de tus enseñanzas, a una juventud garrida y noble, fuerte y altanera. Salve guía y estrella que orientas y trazas caminos ciertos. Salve clara doncella, que con tus triunfos conquistaste las juventudes, y también a los viejos guerreros de las ideas. Salve pirámide de la orientación, que tuviste como cimiento un grano de arena, un grano de arena donde palpita un mundo. Salve arco triunfal que unes los cielos con la tierra. Salve novia del rico y del pobre; es tu amor el que une las manos del hijo del proletario con las manos del hijo de los magnates; en una misma estrella han puesto sus ojos y por un mismo camino han marcado sus rumbos.

Germán Giraldo Z.